



Antes y después del Papa

ALBERTO FLORES GALINDO

Las manifestaciones sólo han sido comparables a las que tuvieron lugar en Polonia, país donde la cuestión nacional pasa por el catolicismo. ¿Un caso similar al peruano? Difícil determinar qué porcentaje, en la religiosidad popular de días atrás, es atribuible a la crisis económica, a la búsqueda ansiosa de una esperanza (aquí o en el más allá), a la organización desplegada por la Iglesia, al carisma de Juan Pablo II o al puro fervor religioso. Pero es indudable que se trata de un pueblo católico: porque así lo considera la Iglesia y porque así se auto-define la inmensa mayoría de perua-

Es evidente la fuerza cohesionadora del factor religioso en el Perú. Lo hemos visto en el espontáneo entusiasmo de multitudes, nunca antes congregadas, para escuchar, saludar o apenas ver desde muy lejos al Papa.

nos. Todo esto, desde luego, al margen de la ortodoxia cotidiana o el acatamiento fiel de las normas parroquiales: asistencia a misa, vida sexual, culto a los santos.

Este catolicismo es, casi por definición, autoritario. La Iglesia es una jerarquía: organiza a los creyentes. Su mensaje se emite desde un púlpito. De allí que un acto condense el encuentro entre el aparato institucional y los fieles: la bendición. En ella confluyen también una religión de la palabra, como es el catolicismo, con las viejas religiones ritualistas andinas. De ser esto cierto, el mensaje del Papa —que casi nadie

dejó de escuchar en el Perú— puede aspirar a un arraigo mayor que el de cualquier otro visitante. Ese hombre, que desciende al Perú desde la más alta jerarquía de la Iglesia, viene de tan lejos para decir más que para escuchar: explicar, sancionar, trazar linderos. Ese hombre es también producto de un encuentro —menos insólito de lo que podría suponerse— entre la tradición católica y el socialismo real.

Los mensajes religiosos admiten más de una lectura. Desde los oráculos, sus propaladores saben jugar con el equívoco. Por eso siempre queda abierta la tentación de leerlos espurgando citas. Con este recurso podemos encontrar en las palabras del Papa un repertorio de párrafos “progresistas”, pero también podemos elaborar una antología inversa. Demasiado fácil. El procedimiento tiene el aval aparente de una parábola evangélica: separar el trigo de la paja, pero el verdadero discurso es precisamente esa mezcla entre trigo y paja.

Así como no se puede pasar por alto las críticas a la miseria inhumana, las abismales diferencias sociales e incluso la corrupción pública, también es cierto que la prédica del Papa ofrecía la imagen de un mundo en el que las diferencias eran inevitables y por lo tanto, sólo quedaba atenuarlas. Los pobres deberían esforzarse para no serlo (en un pasaje admite la paradójica posibilidad de la miseria voluntaria), pero ante todo deben conservar la gran riqueza que poseen: el hambre de Dios. Los ricos, tender puentes hacia los pobres, ayudarlos: el espacio queda abierto para la caridad, las obras públicas o el fomento a los informales. Pero cualquier referencia a la pobreza aparecía siempre acompañada con las llamadas de atención sobre un peligro, que el Papa consideraba mayor, y que tiene el nombre propio de socialismo o comunismo. Formuló así una contraposición entre espiritualismo y materialismo, creyentes y ateos, cristianos y marxistas.

No podemos imaginar un Papa de izquierda: sería uno de los signos del Juicio Final. Pero el discurso anterior tiene un elemento muy peligroso: plantea un conflicto que en el Perú actual no existe. Las refor-

mas de Velasco llevaron a un cambio en el lenguaje cotidiano y terminaron expulsando de la imaginación popular al cuco comunista. Por otro lado, la izquierda marxista peruana no se ha formado en el enfrentamiento con la Iglesia. Todo lo contrario. Hay un acontecimiento que resume esta opción: en 1923, el gobierno de Leguía decide poner al Perú bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús. Era una expresión evidente de la alianza entre un gobierno y la Iglesia, a través del arzobispo de Lima, monseñor Lisson. Los jóvenes estudiantes y obreros de entonces deciden oponerse. Son lectores de la prédica anticlerical de González Prada y simpatizan con la revolución mexicana. Ese mes de mayo de 1923 la figura de Haya emergerá como la del líder político de la nueva generación; alguien ha dicho que fue su bautismo. En todo caso un bautismo en contra de la Iglesia. Por entonces llegaban al Perú protestantes y adventistas. El pensamiento progresista se aproxima a estas corrientes y en particular a la figura de John Mackay. Amigo de este pastor presbiteriano fue también Mariátegui, pero, a diferencia de Haya, no fue anticlerical. Criticó a la Iglesia (en algún artículo sobre

México), pero siempre valoró el hecho religioso como camino personal (su búsqueda de Dios) y como aliento multitudinario: el mito, el socialismo como milenio. Mariátegui no participó en las jornadas de mayo de 1923. Fue invitado y expresamente se negó.

A Mariátegui puede remontarse el hecho que la izquierda peruana no tenga una tradición anticlerical: en él no existe debate alguno entre marxismo y cristianismo. Quizá la explicación de fondo radique en lo siguiente: el socialismo en el Perú no fue un derivado de la ilustración, es decir, el predominio del racionalismo y los avances en una visión profana de la sociedad. La cultura peruana no registra un proceso de descristianización como el que recorre a las diversas capas sociales de Francia durante el siglo XVIII. A su vez, anclado en una tradición cultural impregnada de religiosidad, Mariátegui pudo entender a las corrientes irracionistas que hacia 1920 emergen en Europa, como el surrealismo o el psicoanálisis, y formular una visión del marxismo que no era atea, ni menos determinista y que no se agotaba en la lucha por el poder político. En Europa marxismo y crítica de la religión son dos aspectos

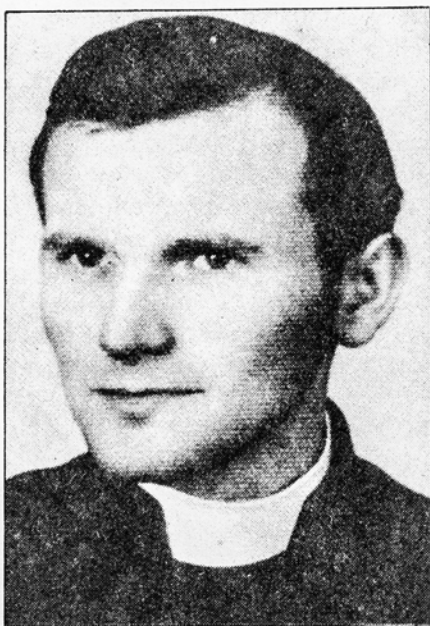


Juan Pablo II: un encuentro entre la tradición católica y el socialismo real.

tos indesligables. En el Perú no lo han sido, excepción de algún personaje y ciertos grupos minoritarios; entre ellos habría que recordar a los irreductibles comunistas peruanos de los años 30 ó a Eudocio Ravines.

Así como esta tradición cultural produjo un marxismo diferente al europeo, también abrió las posibilidades para pensar de una manera propia el cristianismo. Aquí está la razón de ser —aparte del impacto emocional de la pobreza—, de la teología de la liberación. El discurso del Papa contra el marxismo era en parte un discurso contra los aspectos más conflictivos de esta incómoda interrogación sobre la religiosidad. Quienes nos hemos interesado por la polémica entre Mariátegui y la III Internacional no podemos dejar de advertir semejanzas en la discusión entre Gustavo Gutiérrez y Roma. Ambas polémicas, en la historia intelectual del Perú contemporáneo, podrían incluirse como parte de un capítulo que tratase de las relaciones entre nuestra intelectualidad y Occidente; en ambas, además, la cuestión de fondo es el porvenir de ideologías importadas y sus posibilidades de adaptarse en nuevos territorios. Polémicas difíciles de afrontar: es incierto el destino de un comunista fuera del partido; un católico fuera de la Iglesia es casi un imposible. Mariátegui no buscó la polémica con la III Internacional. Supongo que Gustavo Gutiérrez ni siquiera admitirá que para referirse a sus relaciones con el Vaticano se emplee la palabra “polémica”. Pareciera que, como Erasmo, piensa que la condición indispensable de su proyecto es permanecer en la Iglesia, “y no separarse nunca o dejarse expulsar de ella por una ruptura violenta” (Lucien Febvre).

La mención a Gustavo Gutiérrez —y a una obra intelectual que es ya universal— nos puede sugerir que la religiosidad popular en el Perú no sólo son sentimientos pasajeros. El Perú ya no es una “tierra de misión” o un lugar para “evangelizar”, como el discurso europeísta de la Iglesia todavía lo sigue repitiendo. Incomoda que aparezcan pensamientos autónomos, equidistantes del centro: en esto jerarquía católica y burocracia comunista se parecen demasiado.



Todos disputaron contar con su asentimiento.

Pero para alguien que observa desde fuera —porque no es creyente—, no deja de sorprenderle que estos católicos del Perú, que han llegado a una mayoría de edad, mantuvieran una posición tan reverente y silenciosa frente al Papa. Un acatamiento de todo. Ninguna crítica, ninguna discrepancia. Pero el autoritarismo católico ha sido siempre un tema vedado, entre nosotros, incluso para los más progresistas entre los

“
Hay silencios y silencios;
existe un tema sobre el
que es difícil callar:
derechos humanos,
desaparecidos, fosas comunes
(mejor dicho, botaderos
de cadáveres)
”

cristianos. Nunca han escrito, dicho o pensado algo sobre la estructura de poder que sustenta al culto.

Hay silencios y silencios. Existe un tema sobre el que es difícil callar: derechos humanos, desaparecidos, fosas comunes (mejor dicho, botaderos de cadáveres). Toda la barbarie en Ayacucho de estos últimos años. El Papa la pasó por alto: no dijo nada, lo que era una manera de respaldar a un gobierno criticado en

esos momentos por el último informe de Amnistía Internacional. El Papa hizo, en cambio, otras cosas. Condenó a los “senderistas”, olvidando la violencia de Estado, mientras bendecía a los destacamentos de la Marina. Estar en Ayacucho y guardar silencio significa admitir esta guerra en la que, como en un cuento de Ribeyro, la “piel de un indio no cuesta cara”. En su discurso se refirió explícitamente a la incompreensión que muchas veces deben soportar los encargados del orden. Silencio del Papa pero también de la izquierda. No hemos escuchado, entre los dirigentes, ninguna voz que difiera del coro de alabanzas. En época de votos interesa poco la verdad. No siempre es bueno estar tras las masas, sobre todo cuando alguien, por más grande y carismático que sea, reclamando las investiduras de un poder moral, calla ante la tortura.

¿Cómo habrán sido procesados estos silencios y estas afirmaciones del Papa por quienes lo escuchaban y seguían? Nuestra cultura, desarrollada al margen de la ilustración, produjo textos de la calidad de los **7 Ensayos** o la **Teología de la Liberación**, pero a ese fructífero “factor religioso” debemos anotarle, en la relación de sus deficiencias, la tradición autoritaria y la obsecuencia ante lo que viene de fuera. Acatar. Hacer la genuflexión. El cristianismo fue un componente de la dominación colonial y es parte de nuestra subordinación a Occidente. Nuestro escaso espíritu crítico —que muchas veces conduce a la disyuntiva entre el elogio desmesurado o la diatriba— ha reaparecido ante la “palabra del Santo Padre”. No se puede entablar un diálogo con sus textos: no admiten discusión. Queda sólo la posibilidad de acomodar su discurso a lo que uno piensa, buscando las citas adecuadas, privilegiando un pasaje, reordenando sus palabras. Este procedimiento lo ejercen tanto la derecha como la izquierda. Juan Pablo II tiene razón, en alguna medida, cuando descubre como un rasgo distintivo en la religiosidad peruana la búsqueda de la bendición: todos disputan contar con su asentimiento. Visto así, además, bendecir puede ser una alternativa eficaz a la liberación. 🐣